

# EL ALBUM.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, ARTES, TEATROS, SALONES Y MODAS.

Redaccion y Administracion.

Azonaicas, 4.

DIRECTOR.—D. CÁRLOS DIAZ.

Precios.

En Córdoba, trimestre, 6 rs.  
Fuera de la capital; id., 7 id.

REDACTORES.	COLABORADORES.	COLABORADORES.
D. Carlos Diaz Bolla. » Enrique Valdelomar Fábregues. » Carlos Franquelo Romero. » Luis Lopez Amigo. » Benito Avilés Merino. » Rafael Garcia Vazquez.	Srta. Garcia (D. <sup>a</sup> Amparo). Alcalde Valladares (D. Antonio). Avilés (D. Ang I). Aragon (D. José M.) Ballesteros (D. Manuel). Conde Souleret (D. Rafael). Delgado Lopez (D. Dámaso). Fernandez Grilo (D. Antonio). Franquelo (D. Eduardo). Fuente de Quinto (Baron de) Fernandez (D. Miguel).	Fernandez Ruano (D. Manuel). Illescas (D. Ricardo). Jover y Paroldo (D. José). Jerez Perchet (D. Augusto). Melendo (D. Rafael). Navarro y Porras (D. Luis). Pavon (D. Francisco de Borja). Power (D. Teobaldo). Pavon (D. Rafael). Ramirez de las Casas-Deza (D. L.). Vasconi (D. Angel).

## SUMARIO.

REVISTA DE LA SEMANA, por R. Garcia.—LA ISLA DEL MUERTO, por A. Aviles.—A UN CAPULLO, poesia, por A. Alcalde Valladares.—QUEJAS, poesia, por C. Diaz.—MISCELÁNEA.—CHARADAS.—SOLUCION.—LA CATEDRAL DE COLONIA, CONTINUACION, por Eduardo Franquelo.

## REVISTA DE LA SEMANA.

Empresa árdua y de ejecucion difícil es para mí narrar con el tino y la lucidez que requieren, los sucesos de la semana última; pero es una obligacion que me han impuesto mis compañeros á quienes os podreis quejar carísimas lectoras y que yo cumplo gustoso si bien me asalta el grave temor de no agradaros, cuyo efecto trataré de neutralizar siendo fiel y conciso en mi exposicion.

\*  
\*\*

No puedo decir nada nuevo del tiempo que nos ha favorecido en los siete últimos dias con frecuente y pesada lluvia y con aires desagradables siendo constante é intenso el frio, cuyas circunstancias han sido causa de que no hayamos tenido el gusto de ver en los paseos á nuestras bellas paisanas que esperan para dejarse ver tiempo mas apacible.

\*  
\*\*

Sin embargo, el grave inconveniente de la lluvia que cayó en abundancia el lunes, no lo fué para los tertulianos de los señores Carbonell que se encontraron casi todos en su casa en aquella noche dando así una prueba elocuente de lo atractivo que es el trato de estos señores y de lo agradable de su sociedad. En esta reunion, escogida y animada como

todas las anteriores, nos sorprendieron agradablemente las señoritas con el coro de pajes del *Mambrú* que cantaron con grande afinacion y colorido dejando en el ánimo de todos el deseo de que se repitan estas sorpresas que nos proporcionan un rato encantador. Tambien tuvimos el gusto de oír á la Srta. Ana Lopez y á la Sra. de Dominguez que tocaron al piano lindas y bien interpretadas piezas, á la Sra. Mora y al Sr. Vasconi que cantaron con la maestría que es conocida á cuantos les han oido, y añadan ustedes á esto que alternaron con las piezas de música animados bailes y formarán una idea aproximada del buen recuerdo que, como las que la han precedido, ha dejado aquella reunion en todos los concurrentes á ella.

\*  
\*\*

Un suceso cuya importancia le coloca á la altura de los que debe registrar nuestra crónica musical es el concierto que en el Circulo de la Amistad tuvo lugar el miércoles por el profesor de piano Sr. Power contratado por la Sociedad para ese efecto. Este es un verdadero acontecimiento para Córdoba que carecia hasta ahora de un elemento de tal naturaleza, cuya existencia y cuya continuacion harán nacer la aficion y el gusto de la buena música, lo cual esperamos ver realizado muy pronto merced á los conciertos semanales y á la prudente progresion con que en ellos dará el Sr. Power lugar á la música clásica.

En cuanto al concierto que nos ha sugerido estas consideraciones podemos decir que estuvo brillante. En él se encontraba lo mas escogido de nuestra sociedad extasiándonos al par que los torrentes de armonia y los sen-

tidos cantos que del piano hacia brotar el concertista, la contemplacion de tantas hermosísimas mujeres que embellecian y ocupaban el salon.

Las piezas que compusieron el concierto, rivales entre sí en delicadeza y buen gusto, fueron magistralmente ejecutadas por el señor Power, que recibió al finalizar cada una de ellas una verdadera ovacion. Permitaseme aquí aventurar una opinion que, apesar de ser contraria á lo establecido por la costumbre, no debe sin embargo considerarse por eso solo destituida de fundamentó. ¿Qué razon hay para que las señoras que oyen con placer y hasta con entusiasmo al pianista, no demuestren esa impresion con unas cuantas palmadas como hacemos nosotros? Además de que esta es una costumbre generalmente admitida en todas partes, no puede encontrarse en ella nada que sea contrario al decoro ni al bien parecer, y es sensible ver á los artistas privados de ese estímulo, y de esa demostracion que habia de serles muy halagüeña.

Concluido el concierto se bailó un rato, disolviéndose despues la concurrencia con el deseo de ver llegar el próximo Miércoles, en que se ha de repetir tan agradable acontecimiento.

\*\*\*

En casa de los Sres. Villar se pasó la noche del Sábado tan dichosa como siempre, contribuyendo á ello las esmeradas atenciones que prodigan á sus numerosos amigos, la buena música que allí tuvimos ocasion de oír, y la franqueza que reina en sus reuniones. Cantó la Sra. Arnau, y tocaron al piano las Srtas. de Lopez, Muñoz, Trigueros y Matilla, dando una nueva prueba de su habilidad, y con esto y algunos bailes llegó la hora de separarse con bastante disgusto de todos.

Por falta de espacio no puedo ocuparme de los teatros apesar de que bien poco han ofrecido á la crítica esta semana. En la revista de la próxima diremos algo de *El tributo de las cien doncellas* que se estrenó el Sábado, y de cuya produccion aun no hemos podido formar juicio.

A no ser que por fin hemos logrado que se contrate el empiedro y adoquinado de las calles, y que apagan los faroles á las doce sin duda con el intento de ahorrar para sufragar ese gasto, ninguna otra noticia de importancia tengo que comunicar á ustedes, y por tanto reclamando su indulgencia, me despido

hasta otra vez que les ocurra la desgracia de tener por revistero á

R. GARCÍA.

## LA ISLA DEL MUERTO.

### I.

A la desembocadura del rio de Guayaquil, en el Océano Pacífico, y un tanto al Norte, sobresale en la extensa y azulada superficie del mar, un islote ó isla de extraña forma.

Vista al limite del horizonte, no es más que un punto negro; pero va tomando proporciones y delineándose conforme está el espectador más próximo á ella.

El contorno ó silueta de esta isla llama poderosamente la atencion del viajero.

Por un extremo se levanta un cerro de forma redondeada; luego sigue la linea un poco más baja; sube en pico despues, como á un tercio del comienzo; y por último, continúa á nivel de esa primera garganta, hasta el otro extremo.

En una palabra: visto desde lejos este islote, tiene la forma de un cadáver flotando sobre el mar, y con las manos cruzadas sobre el pecho.

Por esa razon dan los marinos á esta roca aislada y desierta en las playas del grande Océano el nombre lúgubre de *isla del muerto*.

### II.

Ibamos sobre cubierta del vapor que nos llevaba á Panamá, y era la caída de la tarde.

Imposible es de imaginar una puesta de sol más bella, más grandiosa que la que se contempla en los mares de los trópicos, especialmente en aquellas felices regiones donde nunca asoma el crudo invierno su nevada cabellera.

Sobre un azul hermosísimo y diáfano, formando copos, barras é inmensas y extrañas figuras, se ven infinidad de nubes blancas como la nieve, rojas como el coral, encendidas como la llama, amarillas como la gualda, y otras y otras de todos los infinitos matices intermedios.

El cielo parece engalanado con alhajas de plata y oro, cuajadas de topacios, rubies, perlas, amatistas y brillantes.

La riquísima paleta del primero de los coloristas, de Ticiano ó de Rubens, no tendria tintas para copiar aquel lujo de luz, aquella profusion de matices.

Pero como las inmutables leyes físicas que rigen al universo marcan la sucesión de las tinieblas á la luz, pasando por la gradación del crepúsculo, fueron desvaneciéndose los brillantes colores, hasta fundirse en una tinta entre rojiza y azulada.

En este momento, cuando el alma de temple más enérgico y firme se siente, y más en el mar, como bajo el dominio de la melancolía y el de una dulce, indescriptible tristeza, nos hallamos frente á la isla del Muerto.

Uno de mis compañeros de viaje, á quien yo daba cuenta de la impresión que en mi ánimo produjo la vista del negro islote, me dijo que habia oído contar una tradición antiquísima acerca de aquella roca, y yo le rogué que me la refiriese.

Héla aquí, tal como la escuché de labios de mi compañero:

### III.

Antes, mucho antes de que el valentísimo y prudente Vasco Nuñez de Balboa descubriera y tomara posesión del mar del Sur, á nombre del emperador Carlos V, estaban las comarcas de la costa occidental de América que caen bajo el Ecuador, pobladas por la raza indígena.

Pagaba tributo esta raza al pueblo de los Incas, establecido más al Sur, dándole hombres y productos de la tierra en señal de vasallaje.

Una de las tribus más poderosas que entonces vivían aquí, era la del cacique Atal, cuya familia se componía de su única hija Mielia (*flor de la pureza*).

Y era en efecto Mielia la doncella mejor formada, más graciosa y pura de la comarca.

En los pocos años que contaba, no habia aprendido Mielia sino á rezar al Sol por su difunta madre, á cuidar de la choza que servía de albergue á su padre, y á cantar con los pajarillos, correr con las mariposas y reír con las flores.

Pero llegó el día en que el astro de la luz, el padre de todo lo creado, según los indios, infiltró en el alma de Mielia un rayo más ardiente que los que antes la dirigiera.

Y no venía este rayo del mismo sol; venía reflejado por los negros ojos del peruano Margo, joven á quien el Inca habia enviado á las tierras bañadas por el Guayas, para que trajera maíz, patatas, oro, llamas y hombres.

Margo no se contentó con tomar todo esto, sino que tomó ó robó el corazón de Mielia.

Una tarde que encontró á *la flor de la pureza* cogiendo flores en las laderas de los montes que derivan del alto Chimborazo, la habló así:

—Con razón te llaman Mielia, porque no hay en estos contornos, ni más allá, ni en todas las tierras de los hijos de Manco-Capac, una flor tan bella ni tan pura como tú.

La joven no contestó: bajó los ojos y el carmin del pudor coloró sus mejillas.

Entonces Margo se acercó más á Mielia y la tomó una mano, que la joven no tuvo fuerzas para retirar.

—Alza los ojos, Mielia, y leerás en los míos lo que mi corazón siente; yo no puedo expresártelo.

Mielia alzó los ojos, y no solo leyó lo que decían, sino que con los suyos contestó que su alma experimentaba el mismo sentimiento que la de Margo.

—Mañana, añadió este, le diré á tu padre que te vienes conmigo al Cuzco, donde mora el hijo del sol, el Inca poderoso y fuerte, cuyo emisario soy.

Tampoco contestó Mielia; pero también aprobó con la húmeda y ardiente mirada la proposición de Margo.

El peruano estampó entonces un beso en la pequeña y delicada mano de Mielia, con lo cual quedó dulcemente sellado aquel primer contrato amoroso.

Al siguiente día fué Margo á ver á Atal.

El anciano estaba en su choza, y ante él ardía una hoguera, sobre la cual se veía una vasija.

Dentro de la vasija hervía á borbotones una sustancia, que no era otra cosa que el activo veneno extraído de las hojas y tallo de la *yuca*, cuya raíz es sin embargo un alimento tan sabroso y nutritivo como la patata.

Atal extraía el poderoso y letal veneno para bañar con él las puntas agudísimas de sus largas flechas.

Introduciéndolas estaba en la vasija para convertirlas en voladoras y mortíferas sierpes, cuando se presentó Margo.

—Salud al cacique del nevado Chimborazo...

### IV.

—Le dijo «cacique del nevado Chimborazo» porque la cima de esta elevadísima montaña está cubierta perpétuamente de nieve, como lo indica su nombre, *Chimbo-razo*, nieve de Chimbo; *razo* significa nieve en la lengua de los indios.

—Vamos no interrumpa V. su relacion, que me vá interesando.

Esto dije yo á mi compañero de viaje, que prosiguió del modo siguiente:

## V.

—¡Sea bien venido Margo, el hijo de Manco-Capac!

—Deseo hab'arte, contestó el peruano.

—Pues comienza.

—Tú tienes una hija á quien llaman *la flor de la pureza*, y...

—¡Basta! interrumpió Atal mirando ferozmente á Margo; sé lo que vas á decirme, y Mie ia está, con ser hija mia, muy alta, aún para el Inca mismo.

¡Ningun peruano será esposo de Mielia! Basta con que os paguemos en oro el tributo que yo solo os pagaria con las puntas de mis flechas!

—Atal, sé razonable; Mielia me ama, yo la adoro: no me obligues á que haga por fuerza lo que deseo arreglar pacífica y amistosamente.

—¡Nunca! exclamó el anciano cacique.

Y al decir esto, cogió una de las envenenadas flechas, y fué á ponerla en el arco.

Más ligero que él, como más jóven, Margo se apoderó de todas las flechas, y haciendo un haz de ellas, las rompió violentamente contra la rodilla.

Atal lanzó entonces un agudo grito.

El jóven peruano salió de la choza, y reunió acto continuo todas las fuerzas que habia llevado consigo.

Al grito de Atal, juntáronse tambien multitud de indios alrededor de su vivienda.

Los gestos feroces y las imprecaciones terribles daban á entender la sed de sangre que animaba á los súbditos del anciano cacique.

Aun sin saber por este de lo que se trataba, adivinaban todos que su jefe los habia llamado para combatir á los peruanos.

Luego que supieron el motivo de aquella súbita convocatoria, llegó su rabia al paroxismo, y cada cual sentia ardientes deseos de venir á las manos con el enemigo comun.

Entretanto Mielia vertia un raudal de lágrimas, é imploraba á su padre para que apaciguase á la tribu.

Pero el lanto de la infeliz jóven aumentaba más y más la ira del cacique y de todos los indios.

En esto se oyeron los pasos precipitados de Margo, que se acercaba con su gente.

Ya fué imposible detener por más tiempo á los indios, que se precipitaron sobre sus enemigos.

Una nube de flechas cubrió el espacio.

Los gritos agudos de los combatientes ensordecian los aires.

La pelea parecia que iba á durar mucho tiempo.

Mas no fué así, porque una flecha, partida de las filas de los peruanos, fué á herir en mitad del pecho á Atal, que cayó redondo en tierra.

Entonces se dispersaron todos los indios que combatian al lado del cacique.

Uno de los peruanos se arrojó sobre él, y sin atender á las voces de Margo, le asestó un golpe tan fuerte en el cráneo, que se lo hizo saltar en sagrientos pedazos.

Margo llegó tarde para salvar, si aun era posible, al padre de Mielia; pero sin su auxilio, hubiera perecido tambien esta.

La jóven yacia desmayada en su choza, y fueron inútiles los esfuerzos de su desesperado amante para volverla en sí.

Entonces ordenó Margo que el cadáver de Atal fuese arrojado al mar, como así se hizo en efecto.

## VI.

—Vamos, interrumpi yo entonces, el cadáver quedó flotando sobre el agua, y eso viene á ser la isla del muerto.

—No, señor, sucedió otra cosa; pero si no le interesa á Vd., dejaré de referirla.

—No, hombre, siga Vd., siga Vd., que ya le escucho.

## VII.

—Pues bien; sucedió que habiéndose pasado la noche como he dicho, amaneció al fin, mostrándose en toda su majestad el astro del dia.

Con el calor del sol, volvió Mielia á la vida.

Abrió los ojos y encontró á su lado á Margo; pero no vió allí á su padre.

Adivinando la verdad, con ese instinto peculiar de la desgracia, adquirió al tiempo mismo la energía que habia perdido.

Levantóse, y mirando con amor, con ódio, con dulzura y con ira al jóven peruano, le dijo:

—El cadáver de mi padre es una insuperable barrera que nos separa eternamente.

¡Vete, Margo, y que los ojos de Mielia no vuelvan á verte más!

—No, contestó Margo; no te separarás de mí; ya que tu padre no existe, nadie podrá

arrancarte de mi lado... ¡Ni el mismo Pachacamac será bastante poderoso para ello!

Apenas dijo estas palabras, se dejó oír un sordo y terrible ruido subterráneo.

El suelo comenzó á agitarse, levantándose y deprimiéndose en profundas ondulaciones.

Oscurecióse la luz del sol hasta el punto de hacer del día noche, y noche tenebrosa.

Los llamas lanzaban balidos lastimeros.

Los soldados de Margo prorumpían en gritos inarticulados y en sollozos.

Los súbditos del muerto cacique acudieron en aquel punto á sus chozas, gritando y lamentándose tambien.

La tierra se hendió á los piés de Margo, y en la profunda y horrorosa sima, cayó rodando el cuerpo del mísero peruano.

A poco volvió el sol á aparecer radiante, quedando el cielo como antes de la catástrofe.

Pero en la tierra habian surgido multitud de variaciones, y lo que antes era valle, ahora se habia convertido en montaña, y las montañas se habian allanado.

La mayor parte de los peruanos habian perecido.

Solo quedaban unos cuantos, como para que en su país pudieran narrar lo ocurrido en aquel terrible día.

De entre las aguas del mar habia brotado una masa de negras rocas, cuya silueta tenia la forma de un cadáver.

Al contemplar Mielia aquel islote, antes para ella y para todos desconocido, exclamó:

—¡Es el cuerpo de mi padre, es el cuerpo del valiente guerrero Atal!

Y se arrojó al agua, nadando en direccion á la negra is'a.

Al fin llegó á ella.

Los indios que siguieron á la jóven la vieron sonreír, dirigir á las masas de rocas palabras de amor y de cariño.

Cuando quisieron hacerla volver á su choza, ella les contestó que no se separaria del cadáver de su padre, y... ¡llamaba el cadáver de su padre á la isla!

¡¡¡Estaba loca!!!

Allí vivió sin querer tomar alimento alguno, hasta que la postracion y la debilidad acabaron con la pobre Mielia, con *la flor de la pureza*.

Desde entonces ese peñon se llama *isla del muerto*.

Y desde entonces tambien está solo é inhabitado.

Los viajeros fijan en él una mirada curiosa.

Los indios le contemplan con miedo, con pavorosa supersticion.

### VIII.

—Esta es la historia ó tradicion que he oido referir á un indio viejo acerca de la isla que tanto ha impresionado á Vd., me dijo mi compañero de viaje.

Yo le di las gracias por su narracion, y mientras la distancia á que nos hallábamos y la luz crepuscular me lo permitieron, no separé la vista de aquel negro peñon, que los marinos conocen aun con el nombre lúgubre de *isla del muerto*.

A. AVILÉS.

## MISCELÁNEA.

Como verán nuestros lectores insertamos en otro lugar una bellísima composicion del ilustrado literato cordobés Sr. D. Antonio Alcalde Valladares, que desde hoy nos honramos en contar como uno de nuestros colaboradores.

\* \*

Dos largas filas de ambulantes luces,  
caja vestida de amarillo y negro,  
gran concurso de gentes enlutados,  
era un entierro.

A uno me acerco de semblante triste,  
pregúntole con modo y en voz baja  
¿sabeis quien es el muerto? Y me responde:  
aquel que va en la caja.

\* \*

Hemos tenido el gusto de ver en nuestra redaccion el prospecto de *El Amigo Católico*, periódico semanal que verá la luz pública desde primero de Marzo próximo. Los nombres que figuran á la cabeza del prospecto constituyen por sí solos una garantía de esa publicacion, cuyo objeto por otra parte no puede ser mas laudable. Le deseamos larga vida y muchos suscritores.

\* \*

Damos las gracias mas espresivas á la Junta del Circulo de la Amistad, por su galantería en invitarnos para el baile que tendrá lugar en esta noche en sus salones que promete estar muy concurrido y animado.

\* \*

En breve verán nuestros lectores una elegante sátira, debida al ingenio de nuestro ilustrado colaborador el Sr. D. Dámaso Delgado Lopez.

\* \*

Leemos en un periódico de Pamplona:

«Ayer se han presentado en esta Administracion de correos varios comerciantes de la capital que habian perdido muchas cartas y algunas letras de cam-

bio, y dando rienda suelta á su encono propinaron tal paliza á los pocos empleados que en encontraron en sus puestos, que dejaron por muertos á tres de ellos. El administrador recibió el biático, pues se temia por su vida; los otros dos están algo mas aliviados.»

¿Sucederá lo mismo en otras provincias?

\*  
\* \*

#### EPIGRAMAS.

Preguntó á un pollo Lucía:  
¿para qué estudias, Molero?  
y contestó el majadero:  
yó, para caballería.

J. L.

\*  
\* \*

Cayóse un avaro al mar,  
y uno que estaba cercano,  
llegó, le pidió la mano,  
y... no se la quiso dar!

U. S. B.

#### A UN CAPULLO.

¡Es tardel.. Tus tintas rojas  
las miro yo sin color;  
para mí, bendita flor,  
no hay ya perfume en tus hojas.

La luz que en mis ojos arde  
se pierde en noche sombría...  
dile al ángel que te envía  
que has venido, flor, muy tarde.

Tu lindo cáliz no tiene  
recuerdos para mí ya,  
por que ilusion que se va  
es desengaño que viene,

Y por que flor que marchita  
llanto que el dolor despierta  
es ¡ay! la esperanza muerta  
que nunca mas resucita.

La mujer que te ha enviado  
mientras desdeñosa miente  
quiere amargar mi presente  
con recuerdos del pasado.

Dile á esa mujer que guarde  
la fé que en ella despierta,  
por que para un alma muerta  
viene su esperanza tarde.

A. ALCALDE VALLADARES.

Madrid.

#### QUEJAS.

Ya, Lelia, me has olvidado;  
Ya no te acuerdas de mí;  
El amor que habias jurado  
Es como el tiempo pasado  
Un ensueño para tí.

Ya no me hablas con tus ojos  
Ni me abandonas tu mano,  
Y cegada en tus enojos,  
Mi boca suspira en vano  
Por tocar tus labios rojos.

De mis penas infinitas  
Hoy aumentan los dolores  
Recuerdos de tiernas citas,  
Volviéndome en tus rigores  
Cartas, y flores marchitas.

Moderá, Lelia, tu exceso,  
Medita el asunto en calma,  
Que yo tu amor tengo preso  
Entre las redes de un beso  
Y los recuerdos de un alma.

C. DIAZ.

#### CHARADAS.

1.<sup>a</sup>

Son primera y tercia fruto,  
segunda y prima animal,  
el todo nombre de artista  
que á veces llego á admirar.

2.<sup>a</sup>

Mi primera y mi segunda  
forman un bello color,  
mi prima con mi tercera  
significan escalon,  
y mi todo, al par que fruto,  
es nombre de poblacion.

J. L.

3.<sup>a</sup>

Es mi primera letra  
del alfabeto,  
mi segunda lo mismo  
pero del griego,  
con que mi todo  
califica al gobierno  
y al matrimonio.

LAS SOLUCIONES EN EL NÚMERO PRÓXIMO.

REMITIDO.—Solucion á las charadas insertas en el número anterior.

*Picatoste* es tu primera  
charada, si no me engaño,  
y el todo de tu segunda  
un bello nombre: *Rosario*.

L. H.

Establecimiento tipográfico de LA ACTIVIDAD,  
Azonaicas, 4.

- Vamos, aproxímate, dijo el viejo; ya ves que no te guardo rencor.
- Pero, quien sois? exclamó el artista.
- Quied soy? Y bien! voy á decírtelo.
- El artista se aproximó dominando en él la curiosidad al temor.
- Has oido hablar, le dijo el viejo, de la torre de Babel, de los jardines de Semíramis y del Coliseo?
- Si, respondió el arquitecto sentándose á su lado.
- Pues bien, yo los he edificado.
- Entónces, sois Satanás? preguntó despavorido el pobre artista.
- Para serviros, contestó Satan con un tono zumbon.
- Va de retro!* dijo el arquitecto haciendo la señal de la cruz. La sonrisa terminó en un rechinamiento de dientes; brilló un relámpago, la tierra se entrebrió y desapareció el demonio.

## El padre Clemente.

El arquitecto volvió á su casa y encontró á su pobre madre que le aguardaba para cenar; pero se negó á sentarse á la mesa y cojiendo lapiz y papel trató de fijar algunas de aquellas fujitivas líneas que habia trazado la mano de Satanás.

La buena mujer, que apesar de sus instancias no habia conseguido apartarle de allí, se fué á acostar enjugando sus lágrimas: desde la vuelta del viaje su hijo era otro para ella y le causaban inquietud y tormento constantes la inquietud y tormento á que le veia sujeto.

El arquitecto pasó la noche entera en trazar y borrar líneas. Habia en aquel plan misterioso que habia podido entrever un género, un carácter de ligereza fantástica que le era imposible fijar. Por la mañana abrumado por la fatiga, se arrojó en el lecho; pero el sueño, léjos de darle reposo, fué un nuevo martirio. Despertó medio loco y corrió á la Iglesia de San Gedeon á la que tenia particular devocion.

Llegado allá se detuvo ante la portada; era una pequeña y pesada basílica romana del siglo XI, mandada construir por el arzobispo Annon en el sitio que ocupó el antiguo templo de Santa Elena, y que mejor que una iglesia parecia un sepulcro. Comparó entonces á su pesar la diferencia que habia entre aquellas elevadas torres, aquellas agudas flechas y aquellas atrevidas columnatas que admiró la vispera, con el pesado edificio bizantino que tenia ante su vista. Pensando en ello olvidó completamente el objeto que le habia llevado y echó á andar, sin saber á donde iba y preocupado con su único y eterno pensamiento.

Anduvo así todo el dia; á la oracion, sin que pudiera acordarse del camino que habia seguido, ni darse cuenta como se encontraba allí, vió que se hallaba fuera de la puerta de los Francos, cerca del banco donde estuvo sentado la vispera. Sobrevino la noche; el paseo estaba solitario y un solo hombre permanecia

como él fuera de las murallas. Era el viejecillo. Al primer golpe de vista el arquitecto le reconoció y se aproximó á él.

Estaba de pié y con un trozo de acero dibujaba en la muralla. Cada uno de los rasgos era una línea de fuego, que poco á poco desaparecía, de modo que á medida que el magnífico plan avanzaba, las primeras líneas iban palideciendo hasta extinguirse del todo; de tal manera, que era imposible á los ojos seguir aquellas, ni conservar su recuerdo en la memoria. El arquitecto anhelante vió pasar ante él con sus menores tetalles una catedral fosfórica que al cabo de un instante se perdió en la oscuridad y cuyo conjunto le hubiera sido imposible reproducir.

Arrojó un profundo suspiro.

—Ah! ah! eras tú, dijo Satan volviéndose. Te esperaba.

—Heme aquí, respondió el arquitecto.

—Ya sabía que no estábamos reñidos. Mira, he retocado el plan. Que dices de esa portada?

Y pasando de nuevo el acero por la muralla hizo brillar la triple puerta de una basilica de fuego.

—Magnífica, digo el arquitecto, sin tratar de disimular su entusiasmo.

—Y esta torre? continuó Satanás.

—Espléndida.

—Y esta nave?

—Maravillosa.

—Y bien todo esto es tuyo si quieres.

—Y que pides en cambio?

—Tu firma.

—Y me darás el proyecto?

—En propiedad.

—Pues haré cuanto quieras.

—Mañana, á media noche?

—Mañana, á ~~media~~ noche.

Conrado; pero concluye el dibujo que has comenzado y los cien escudos son tuyos.

El desconocido lanzó una carcajada y sacando de su jubon una pequeña bolsa de cuero, mostró al artista que estaba llena de diamantes, el mas pequeño de los cuales podría valer mil escudos de oro.

El arquitecto suspiró; no habia manera de corromper aquel hombre: permaneció inmóvil y consternado porque apesar de todo reconocia en él una superioridad innegable en su arte. Durante este tiempo, el viejecillo habia añadido con negligencia al proyecto algunas líneas tan maravillosamente trazadas, que el arquitecto conoció que estaba perdido en el caso de tener que luchar con aquel hombre: desvanecido, fuera de sí, resolvió entónces tomar por la violencia lo que no pudo obtener por la corrupción, y, como el otro se detuviera y le mirare con su extraña sonrisa, le cojió por un brazo y apoyando un puñal en su pecho: —Viejol! le dijo, concluye ese plan, ó vas á morir!

Pero apenas hubo pronunciado estas palabras, sintió que dos robustos brazos rodeaban su cuerpo, se vió arrojado en tierra y mientras una fuerte rodilla le sujetaba el pecho, su propio puñal arrancado de sus manos le amenazaba la garganta.

—Ola, ola! dijo entónces el viejo, corruptor y asesino! me parece que hay cosecha de almas que recoger en el mundo.

—Matadme, dijo el artista.

—Y sinó quiero matarte?

—Dadme entonces vuestro proyecto.

—No tengo inconveniente, pero con una condicion.

—Cual?

—Levántate por lo pronto; dijo el viejo dejando libre á su enemigo á quien hasta entónces habia tenido sujeto y devolviéndole su puñal; estamos así muy mal para hablar: sentémonos.

Y aquel extraño hombrechillo se sentó en el estremo del banco, cruzó una pierna sobre la otra, y miró al pobre arquitecto, que se levantaba avergonzado sacudiendo el polvo de sus vestidos.